

Semblanza

RAMON DE GARCIASOL

Cuando se conoce al poeta Ramón de Garcíasol, lo que primero nos impresiona es su seriedad, su gravedad, y ello predispone en su favor, entonces, a través del diálogo, de la observación, vamos descortezando esta máscara grave, apesadumbrada, como de dolor atónito. Poco a poco va emergiendo el rostro verdadero de Garcíasol, rostro grueso y noble, de aire intelectual, marcado en la frente por muchas arrugas de reflexión, de experiencia dolorosa del mundo. En el parpadeo de sus ojos, a través de unos lentes de cristal grueso, y en su mirada directa, limpia, discreta, tocamos, palpamos el carácter, la personalidad de Garcíasol, y adivinamos su alma de poeta. El meollo, la clave, de la poesía de Garcíasol, está en la ternura, pero en una ternura peculiar, muy acendrada y castellana, ternura de niño de Guadalajara, con su cohorte de recuerdos, de paisajes, de horas gratas, de amigos entrañables; ternura de hombre de Madrid, con sus horas de estudio y reflexión, de lucha por un ideal, de amor de cada día, con la sombra de Mariuca, la mujer amada, junto a él. Brota por entero del corazón de Garcíasol una ternura amplia, ramosa, íntima, casi confidencial, veladas las lágrimas por un parpadeo doloroso, y esta ternura extiende sus tentáculos receptivos; su piel sensitiva se adhiere a seres, ideas y cosas. Sangra por dentro el alma lastimada, pudorosa de su dolor, del sufrimiento que en ella suscita la injusticia. Esta ternura vale porque no es sólo subjetiva, propia del poeta, sino que, aunque enraizada, se objetiva en los demás. Garcíasol sufre con el dolor de los otros, vibra con el trabajo, alienta en la pobreza, clama ante la desigualdad, anhela la libertad y lleva ínsito en su canto el deseo de un cambio radical, de una transformación social, todo entonado en un verso viril y candencioso, majestuosamente castellano, nada colorista ni sensual, sí apretado de ideas. Como una cumbre de esa ternura que se enmontaña, son los sonetos reza-

dos a la madre muerta, en el mejor, tal vez, de sus libros. Y no es que su voz lírica no truene hirviente y colérica, muy acorde con los problemas de su tiempo, pero no es lo más perdurable de su voz, su eco verdadero lo halla al remansarse en suavidad dolorosa, en perdón contenido, pronto a estallar, porque lo alberga un corazón humanísimo. A veces, esta ternura grave se torna medítabunda, se tiñe de resonancias metafísicas, se ahueca en profundidad y se vuelve luminosa. Esta ternura puede trotar regocijada, henchida de alegría, pero nunca satírica, ni bajamente irónica, puede alegrarse, como hoy, Ramón de Garcíasol, al verme entrar en el café «Gijón», venido de Burgos, y su voz suena, como su amistad resuena en mi corazón, afectuosa, buena y amical. Confiada y cordial, sigue, diálogo adelante, hasta terminar en la propia casa de Garcíasol. La autenticidad de este recio poeta de España, tan preocupado con los problemas de su nación, con una vena ensayística soterraña, que ilumina los más proféticos y trascendentes momentos de su poesía, lo auténtico, decían, os, nace de esta fusión de poesía y personalidad, ambas acordes, al unísono, delatando, a pesar de la sobriedad, de la austeridad del personaje, un temple español, castellano, hombría y seriedad, rezumando ternura, de un poeta hondo y verdadero.

JUAN RUIZ PEÑA